

# LA MODA.



## REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapice-

ría ó de Crochét. Precio de la suscripcion 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

**SUMARIO.**—*Revista de teatros, por D. Francisco Flores Arenas.*—*Hojas perdidas, por Doña Victorina Bridoux y Mazzini de Domínguez.*—*El suicidio, conclusion por Doña Concepcion A. de García Carrasco.*—*Costumbres árabe-españolas, por D. V. Joaquín Bastus.*—*Correspondencia.*—*Geroglífico.*

### REVISTA DE TEATROS.

El Balon nos ha dado el drama *Juan el cochero*. La mano de Bouchardy se revela en él con todos sus grandes rasgos, con todo el interés que sabe producir en los espectadores. Oímos decir de él: "eso es inverosímil, eso está sacado de quicio," y nosotros, despues de convenir en ello, decimos á nuestra vez: "eso tiene vida; eso cautiva al auditorio á quien haceis hostezar con vuestros mal llamados dramas históricos, dramas de pasion y de sentimiento."

Y en efecto, *Juan el cochero*, con todas sus faltas, ha de arrastrar siempre tras sí á los que le oigan, y no por un mero interés de novela, no por las varias vicisitudes de los personajes, sino por la elevacion de las ideas, por la honradez de los caracteres, por la abnegacion sublime del protagonista, por la bondad y pureza en los sentimientos de su esposa, de su hija, del jóven coronel; por el contraste en fin, que ofrecen con la maldad del conde y de su cómplice; maldad que recibe un castigo ejemplar, despues de haber atraído sobre sí el odio público. Si esto no se llama ser moral la obra, no sabemos á qué clase de produccion puede aplicarse semejante nombre.

Pero digamos algunas palabras del argumento del drama.

En una aldea del Piamonte habia sido espuesta una niña, y la pobre muger que la recogió tuvo cuidado de su crianza y educacion

cual si fuese su propia madre, puesto que ninguna luz se tenia respecto á las personas á quienes aquella tierna criatura debia el ser.

Esta muger era viuda, y todos sus recursos consistian en los escasos medios que le proporcionaba el trabajo de su hijo Juan Claudio, carretero á la sazón, y jóven tan honrado como laborioso.

Pero aquella anciana murió. La niña era ya una muger, y Juan Claudio la amaba. Era forzoso ó separarse de una vez ó unirse por el lazo del matrimonio, y esto último fué lo que se verificó, siendo el fruto de su union una niña. Mas la guerra asolaba el pais, y no era bastante el trabajo de Juan para subvenir á la manutencion de su pequeña familia. Resolvióse aquel, por tanto, á trasladarse con ella á una poblacion lejana. En este punto supónese que comienza la accion.

Durante una breve ausencia del carretero penetra en su morada un viagero jóven y de ilustre prosápia. Es un proscrito que desea rehabilitarse por medio de la influencia de una familia de condes de Venecia, su patria, y necesita prestarles un servicio que redunde en su utilidad propia. Estos condes son los parientes de la esposa de Juan Claudio, cuyo clandestino nacimiento reconocen, si bien bajo la condicion de que ha de anular su casamiento con el carretero. Solo así será condesa; sólo así gozará de la opulenta fortuna de sus padres.

Pero la esposa rechaza indignada la propuesta, y temiendo afigir á Juan le oculta esta entrevista. Él solo sabe que un viagero ha descansado en su casa algunos minutos.

Juan no vuelve solo. Le acompaña otro hombre desconocido, el cual quiere atravesar el Mont-Cenis sin caer en manos de los austriacos; porque importa saber que estamos en 1796, durante la primera campaña de Italia por Napoleon. Este desconocido ofrece á su huésped el dinero que pueda necesitar para per-



manecer en su aldea, pero solo es aceptado con ja con la condicion de que le servirá de guia en su peligrosa empresa. Entonces sábese que el tal es un bravo coronel francés, ascendido á general en Montenotte.

El jóven veneciano, interesado en romper á toda costa aquella union en que funda sus esperanzas, acude para ello al crimen; da parte á los austriacos de que dos espías se dirijen á pasar el Mont-Cenis, y ambos son cogidos y fusilados.

Juan Claudio, sin embargo, no habia muerto. La llegada de un destacamento francés le salvó, si bien gravemente herido, y habíale sido imposible hacer llegar en mucho tiempo noticias suyas á la que ya se tenia por viuda. Sus parientes habian acudido, y aunque no secaron sus lágrimas la hicieron rica. Iba á partir á Venecia con su hija cuando aparece el esposo, y lo sabe todo por un amigo. Entonces se propone no darse á conocer y pasar por muerto, á fin de que su muger y su hija sean felices, partiendo él al ejército donde bajo otro nómbre se hace soldado.

Así pasan muchos años. La condesa se ha visto obligada á dar su mano al noble de Venecia y viven en París. La hija, jóven ya, debe enlazarse muy pronto con un coronel francés, hijo del general fusilado á par de Juan en el Piamonte; pero el conde se opone á esta boda, porque habrá de rendir cuentas á su pupila de los cuantiosos bienes que administra, y ayudado de otro infame de su estofa apela á un nuevo crimen para desembarazarse de la jóven. Ambos, enmascarados, la sorprenden una noche y la arrojan al Sena, habiendo sido salvada por un pobre cochero. Este cochero es su propio padre, que no la conoce, y que para evitar á su esposa las consecuencias de una acusacion de doble matrimonio, se resuelve de nuevo á devorar su dolor y á no darse á conocer. Sin embargo, aquel crimen se descubre, como se descubre tambien la infame delacion de que fué víctima el general, y que su hijo el coronel venga en un duelo á muerte donde sucumbe el conde. Juan Claudio, el viejo soldado, vuelve á ser esposo y bendice la union de sus hijos.

No sabemos si todo esto es fácil que suceda; pero sí sabemos que no es imposible; mucho menos imposible que la acumulacion de lances en un dia y en un lugar, segun se prescribe al drama clásico; mucho menos improbable que el que, por ejemplo, se reunan á hablar mal de Neron sus enemigos en una sala de su propio palacio, como vemos en *El Británico* de Racine.

Nosotros no repudiamos por tanto esta cla-

se de obras, porque somos mas lógicos que Boileau, el cual, despues de anatematizar cuanto no se ajusta á ciertas reglas de pura convencion, establece como principio, ciertamente muy racional, que

*Tous les genres sont bons, hors le genre ennuyeux.*

Respecto á egecucion diremos que el drama apenas se sabia. ¿Puede hacerse siquiera medianamente lo que se sabe mal? Hay actores allí y hay actrices que deben esceptuarse de esta regla; pero sentimos decir que son los menos.

Tambien se ha puestó en escena en el mismo teatro *El marqués de Caravaca*, que no es ciertamente una novedad en sí misma, ni menos por parte de la Srta. Ramirez, que lo ejecutó como siempre lo ha hecho, esto es, de una manera inmejorable; pero *El marqués de Caravaca* no es un aria coreada, y por tanto salió como Dios fué servido; es decir, como pueden cantar los que no cantan. Además, en la parte de verso y direccion hubo gazapos como terneras. ¿Quién ha hecho que la actriz encargada de la parte de Bruna la haya caracterizado de vieja, y lo que es mas, de vieja ridícula y tabacosa? ¿Por qué el físico D. Froilan sale con venerables canas? ¿Por qué D. Enrique, que segun la zarzuela debe ser capitán, lleva solo una charretera? ¿Por qué se le olvidó al marqués la cartera y el bolsillo cuando tiene que dar el aviso al brigadier Berlanga, la nota al fondista, y la propina á la criada? ¿Por qué aquel frac de marino con ojales en el cuello? ¿No ha visto nunca marinos aquel actor? Bien que lo mismo podriamos decirle al físico, al brigadier y á *tutti quanti*. ¿Se dirá que esto es pedir gollerías?

En el Principal continúa hasta de presente haciendo de las suyas el prestidigitador Mr. Gilard, al cual habiamos visto hace algun tiempo, creemos que en el otro teatro. Hace suertes buenas, y esto lo confiesan todos; pero hay quien sostiene que en algunas no se halla toda la limpieza que fuera de desear. Cuestion es esta en que no entraremos, porque solo acostumbramos juzgar de cosas que pertenecen al arte, y no hemos averiguado aun á qué musa corresponden los juegos de manos y los escamoteos.

El de una muger, que ha solido hacer por final, ya lo habiamos visto. Seria cómodo que esto se generalizase, y se pudiera escamotear, por ejemplo, una visita que estorba; pero no lo creemos posible por hoy. No hay cubilete, aunque sea como una campana de buzo, dentro



del cual quepa un ahuecador de los que ahora se usan.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

## HOJAS PERDIDAS.

Cándida rosa; cual la flor de un día  
Miré tu cáliz de color brillante:  
Y en tu seno de nácar se escondía  
Gérmen de vida, que duró un instante.

Te vi, sultana del verjel florido,  
Desplegando tus galas peregrinas:  
Un beso quise darte, y un gemido  
Me arrancaron, ingrata, tus espinas.

¿Te acuerdas que olvidando tus agravios  
Cuando mi mano con temor te asía,  
Calor te daban mis heridos labios,  
Pidiéndote perdon si te ofendía?

¿Te acuerdas, bella flor de mis amores,  
Cuando en mi pecho con placer prendida,  
El alma te contaba sus dolores  
Que tú escuchabas de pavor transida?

¡Miseria flor! te dije mis congojas,  
Depositando en tí mis ilusiones;  
Sin pensar que volaban con tus hojas  
Que arrastraban los fieros aquilones!

¡Ha muerto mi ilusión! tan solo un eco  
A mi continuo suspirar responde!  
De la rosa quedó su tronco seco,  
Pero las hojas ¿dónde están, en donde?

Quizás arrebatadas por el viento  
En rápido y confuso torbellino,  
Me dejan, cual fatal presentimiento  
Queriendo precederme en mi camino.

Dejadme mi ilusión, hojas errantes;  
No la lleveis en revoltosos giros:  
Dejádmela adorar solo un instante,  
Y en cambio yo os daré dulces suspiros...!

De la rosa quedó su tronco seco:  
Ha muerto mi ilusión, pues no responde:  
Las hojas me repiten con el eco,  
Ven á buscarnos; pero ¿dónde, dónde?

VICTORINA BRIDOUX Y MAZZINI DE DOMINGUEZ.

Sta. Cruz de Tenerife 1858.

## EL SUICIDIO.

(CONCLUSION.)

„El suicidio es una muerte furtiva y vergonzosa, un robo hecho al género humano. Antes de dejarle, devuélvele lo que ha hecho por tí. Pero dices:—Yo no estoy ligado á nadie, soy inútil en el mundo. Filósofo de un día! Ignoras que no puedes dar un paso sobre la tierra sin que halles algun deber que llenar, y que todo hombre es útil á la humanidad por el solo hecho de existir?

„Jóven insensato! si queda en el fondo de tu corazon el menor sentimiento de virtud, escucha, yo te enseñaré á amar la vida. Siempre que tengas la tentacion de privarte de ella dí:—*Haga yo todavía una accion buena antes de morir.*—Luego ve en busca de algun indigente que socorrer, de algun desdichado que consolar, de algun oprimido á quien defiendas. Si esta consideracion te detiene hoy, te detendrá mañana, despues de mañana y toda la vida; si no te detiene, muere: ya no eres mas que un malvado (1).”

Es triste decirlo, ya no basta esto, el mal es mas grave, en muchos casos hay solo estravío, pero en muchos tambien se nota depravacion. Hay un caso de cólera, la poblacion se alarma; hay un suicidio, la poblacion cuenta entre el número de sus favoritas diversiones leer los sangrientos detalles de la muerte voluntaria. Es una *impresion fuerte*, y las impresiones fuertes una necesidad del siglo. El mal está en que son para el alma lo que el opio para la economía; fuerza es ir aumentando gradualmente la dosis por aquella ley de que el hábito embota la sensibilidad, y siguiendo la inevitable progresion se halla muy pronto la muerte. Apenas hay cosa sencilla, suave, armónica, verdaderamente bella, que produzca efecto en el vulgo de los lectores. ¿Qué hacen el novelista, el poeta dramático, el periodista, trinidad literaria encargada de distribuir al pueblo el pan cotidiano de la inteligencia? Al primero le parece pálida la palabra, y busca para su libro láminas que representen sus concepciones mas atroces; el segundo ensangrienta la escena; el último, como esas aves carníceras que se alimentan de carne muerta, busca con avidez aquí y allí crímenes y horrores, que narra detalladamente en la parte *amena*, y mas leída de su periódico. Por su parte el

(1) Carta á Saint Preux.



gobierno no se mete en estas cosas; parece que habrán de pasar algunos años, antes que se eche de ver que la narracion de los crímenes es una elocuente leccion de inmoralidad.

En nuestro siglo, si la imprenta no publica todas las ideas importantes, consigna la mayor parte de las aberraciones del humano entendimiento, y el que pudiera leer y juzgar todo lo que se escribe, podria leer en el porvenir y profetizar los sucesos futuros con tanta seguridad como se refieren los presentes. La máxima fatalista de los musulmanes es cierta en otro sentido: todo lo que ha de suceder *está escrito*. ¿Y qué es lo que *está escrito* para el pueblo? Libros inmorales de todas clases, formas y tamaños, en que se dan al vicio y al crimen proporciones épicas, y en que solo se estudia, como en las armas de fuego, el modo de hacer mas efecto. En el terreno preparado por la duda, por la incredulidad y por la indiferencia, cae la semilla del suicidio, y como ningun preservativo se le opone, prende, crece y lleva sus frutos acerbos.

Cuando ni la religion, ni la razon, ni la moral nos dan armas para combatir al poderoso enemigo ¿dónde iremos á buscarlas? Hay que descender mucho, mucho: pero si la ciencia no desdeña bajar á las cloacas para libertar á las poblaciones de sus gases mefíticos, la caridad no se detendrá tampoco al penetrar en las miserias del corazon humano, y sabrá utilizarlas combatiendo las unas por las otras. En el naufragio de todas las virtudes, de todas las creencias del hombre, sobrenada su amor propio. No hay sociedad tan envilecida que haya hecho desaparecer el amor propio bajo todas sus fases: cuando no puede tener otra manifestacion mas noble, se presenta bajo la forma de vanidad. Contemos pues con ella y solo con ella: el punto de apoyo es débil, pero basta cualquiera para conmover el mundo, si en él se apoya la poderosa palanca de la razon y de la justicia. ¿Pero la razon y la justicia qué pueden contra la vanidad? Poco? Nada? Pues bien, para combatirla quedan dos armas poderosas cuyo efecto es infalible, el *desprecio* y el *ridículo*.

Hombres y mujeres que valeis y sufrís mucho, que no habeis cedido á la tentacion de dejar de sufrir! Cualquiera que sea la forma con que Dios ha sellado la inteligencia en vuestra mente, ora seais artistas, filósofos ó poetas, ora ministros del Crucificado, ó mandeis ejércitos, lanzad el anatema de vuestro desden sobre esas colosales criaturas que no tienen fuerza para soportar un dolor pasajero como todos los de la vida. No parece que ha de ser muy difícil lanzar el ridículo sobre esos Catones de

frac, y esas Lucrecias de miriñaque que llaman vacío de la vida al de su corazon y de su cabeza, donde no caben las cosas grandes ni se armonizan las pequeñas.

El suicidio no es ya una muerte aristocrática sino plebeya, es como el ridículo frac, que llevan los príncipes y los tenderos de aceite y vinagre. Los rancheros y las criadas de servicio terminan magestuosamente su existencia lo mismo que los generales y las nobles damas. En el órden gerárquico natural sucede lo propio. Hubo un tiempo en que el suicida, por solo serlo, tenia fundada pretension á pasar por hombre distinguido, de corazon ó de inteligencia no vulgar; hoy los necios y los hombres de talento que se suicidan están en la misma dolorosa proporcion que en el mundo. Con permiso pues del código vigente sobre la materia, el hombre que se mata es un necio por regla general si no hay prueba en contrario, que no suele haberla, y por regla mas general todavía, su vida está manchada con crímenes ó faltas graves. Espiarlas, rehabilitarse necesita fuerza, no la tiene y se mata. En esta época en que el yo se exalta hasta la pasion, hasta el delirio, la vanidad suele tomar parte en el drama trágico grotesco: hay tantas nulidades y medianías que se celebran, que todas quieren ser celebradas, y algunas no teniendo cosa mejor que legar á la fama, le dan para que la publique una carta póstuma en que el sello de la muerte no consigue siempre borrar el que les imprimió el ridículo. Desgraciadamente el público no lee ya con el antiguo religioso respeto estos billetes que se le dirigen; ha recibido tantos, que familiarizado con este género, los examina bajo su aspecto literario, y alguna vez nota que no tienen ortografia, y alguna tambien que carecen de sentido comun. Es un dolor: aquí como en otros casos el desprecio seguirá muy de cerca al exámen; si el drama se analiza se silbará de seguro; con la concurrencia este artículo baja de precio, y dentro de poco se podrá dirigir el siguiente AVISO Á LA VANIDAD. El que quiera que el público se ocupe de él por espacio de cuarenta y ocho horas procure vivir bien, porque con morir mal no conseguirá el objeto.

Si como es posible hay algun filósofo que escriba la monografia del suicida, le recomendamos sus tres principales variedades. Los hombres que terminan voluntariamente su existencia suelen hacerlo

Por amor,  
Por dinero,  
Por ambicion.

Los primeros se matan por una mujerzuela.



Las mujeres honradas no hacen víctimas, lo cual dá una idea menguada de los hombres. No hay para qué encarecer el ridículo del manco que se dá la muerte, en vez de dar las gracias á la coqueta que le hace el favor de no engañarle.

Los segundos han jugado su dinero, el age- no muchas veces, ó de otro modo cualquiera han disipado caudales de que no pueden res- pender, y para indemnizar á sus acreedores se pegan un tiro: es un modo de ajustar cuentas como cualquier otro, y mas espedito que nin- guno. Se hacen especulaciones arriesgadas, azarasas; si salen bien, los goces materiales, el vicio, la crápula; si salen mal, el suicidio: en todo caso la pérdida no es grande, es la muer- te del cuerpo, el alma habia sucumbido desde el dia en que no tuvo ya idea del deber.

Los últimos son los ambiciosos, de escalera abajo debemos añadir, porque la verdadera ambicion muere aunque sea en Santa Elena, y no se mata cuando las aspiraciones van mas allá de los medios, como sucede siempre con nuestros hombreritos grandes: segun una por- cion de circunstancias se produce la monoma- nía pacífica ó el vértigo que conduce al suici- dio. En los tres casos hay debilidad, impo- tencia, cobardía, absurdo, error ridículo. Con un poco mas de paciencia, con una sangría hecha á tiempo, nuestros hombres desespera- dos hubieran amado la vida, hubieran gozado de ella, el mundo era suyo porque valian po- co. Esto no es una suposicion. Alguna vez el suicida reúne todos los miedos, el miedo á la vida y el miedo á la muerte. No introduce bastantes fósforos en su estómago, ó no enfila bien la pistola á su cerebro; la catástrofe no pasa de las proporciones de un cólico ó de un rasguño, y nuestro hombre vuelto á la vida la pasa vulgar y prosáicamente como es razon. Todo bien considerado, el suicida, general- mente hablando, es un mal cómico que al caer ha tenido la torpeza de herirse.

Sociedad que pasas indiferente al lado de tus mártires y de tus víctimas, que han com- batido, ¿por qué te descubres al pasar por de- lante del suicida? ¿Es por compasion? Oh! No. Tú ves indiferente espectáculos desgarradores. Penas sin número y sin nombre te ha- llan con los ojos enjutos. Para el que muere de dolor tu indiferencia, tu simpatía para el que se mata. ¿Por qué así? Repugna, socie- dad del siglo XIX, repugna levantarte ese re- camado manto cuyos vistosos colores cubren tus profundas llagas. Pero ya que vas como una ramera contaminada inficionando cuanto tocas, cubierta tu lepra de olopeles, sabe que tu tolerancia ó tu admiracion hácia el suicida

es una de tus mas asquerosas miserias. Tus hombres que parecen mujeres, tus mujeres que asemejan muñecas, buscan impresiones fuertes, porque han descendido hasta el último grado de la debilidad: cuando el pueblo ro- mano no sabia vencer, ni combatir siquiera, se embriagaba con la sangre del Circo. ¿Cuál es la secreta causa, la mas recóndita de ese respeto que te inspira el suicida? ¡Error y vergüenza! Tan débil eres, tan menguada, que admiras en él ese simulacro de energía de que ni aun te crees capaz. Tú que preconizas el imperio de la idea, en el cadáver de ese miserable tributas culto á la fuerza. Ese es tu secreto: todavía el miserable que se mata te parece grande; todavía el cobarde te parece fuerte. No te basta adorar un ídolo; es pre- ciso que sea de barro. Así debe ser, sociedad material que no comprendes la energía sino acompañada del estruendo de la pólvora, ni el dolor sino de sangre.

Cada cual debe contribuir segun sus fuer- zas á labrar esa roca que se llama opinion: el que ha recibido de Dios un instrumento pode-roso, con él; y con lágrimas el que no puede emplear un medio mas eficaz: á nadie se le pedirá cuenta de su labor, sino de su trabajo.

Para terminar este incompleto, mal ordenado trabajo, y que solo tendria algun valor si pu- diera verse cómo, cuándo y por quién ha sido hecho, no nos parece fuera de propósito publi- car unos versos compuestos hace algunos años con motivo del suicidio de un joven poeta bas- tante conocido en los círculos literarios. Su muerte escitó esa simpatía, ese favor pasajero si así puede decirse, que obtiene del público el que le distrae y entretiene de esta ó de la otra manera. Pensando en él se escribieron mejor ó peor prosa ó versos; pensando en su madre escribimos los siguientes:

#### A UN SUICIDA.

Ese el cadáver es, ese fué el hombre  
Que al saludar la aurora de la vida,  
Sintió mortal esa terrible herida  
A que un siglo sin fé no ha dado nombre.

Contemplando sus míseros despojos,  
¿Por qué le miro con tan fria calma?  
¿Cómo ni un ¡ay! doliente exhala el alma,  
Ni corre triste llanto de mis ojos?

El que tan joven sucumbir le plugo,  
¿No merece mi tierna simpatía?  
¿O fué la humanidad con él impía,  
Y el mundo que dejara, su verdugo?

¿Por qué me indigno? ¿No hallará en mi pecho  
Eco la tolerancia bienhechora?



Segun esa moral que se usa ahora,  
¿No tiene el hombre de morir derecho?

¡No alegar nuevas leyes en su abono!  
¡No respetar la accion de un suicida!  
No decir: su alma fué mal comprendida;  
Es contrario á las reglas del buen tono.

Y séalo en mal hora, y no esté en uso,  
Y el apodo me den que mas le cuadre;  
Pero en nombre de Dios y de tu madre,  
Si me oyes, suicida, ¡yo te acuso!

Tú serás de esa raza degradada,  
Que niega la virtud, Dios y la ciencia,  
Que sofoca la voz de la conciencia,  
Que despues de la tumba no vé nada.

Para quien es la patria solo un nombre,  
La familia un obstáculo enojoso,  
La amistad y el amor lazo engañoso,  
Vana ilusion, para extraviar al hombre,

Cínico sin la gracia de Quevedo,  
De lo mediano por instinto amiga,  
Que escarnece la gloria y la mendiga,  
Que ambiciona el poder y tiene miedo.

Todos queriendo en fama ser primeros,  
Juzgan su vida inútil y pesada,  
Si Alejandros no son teniendo espadas,  
Ni haciendo malas coplas son Homeros.

Decrépitos imberbes que á la usanza  
Llevan el corazon como el vestido,  
Llámanle *especial*, no comprendido,  
Sin ventura, sin fé, sin esperanza.

Corrompidos en lúbricos placeres  
De la ramera impúdica en los brazos,  
Niegan que puede haber mas santos lazos,  
Y niegan la virtud de las mujeres,

Y su dolor proclaman sin segundo,  
Y hablan de *desengaños*, de *vacio*,  
De *esperanzas burladas* y de *hastío*;  
Concluyendo: no sirvo para el mundo.

Haylos que desesperan de la suerte,  
De sí propios los mas, y simpatía,  
Y fama, aunque fugaz, solo de un día,  
Busean al darse voluntaria muerte.

¡Izal! ¿De cuáles fuiste? ¿Qué pesares,  
Qué vértigo te abrió la sepultura?  
El suicidio, crimen ó locura,  
Locura ó crimen es de almas vulgares.

Habria en tí de esa ambicion inquieta  
Y talento y vigor y audacia loca,  
Que tal vez con el genio se equivoça.  
Mas grande no eras tú, ni eras poeta.

¡No! Que el poeta al borde del abismo  
Detiénese no mas un breve instante,  
No: que el poeta ciego, delirante,  
Si acaso niega á Dios, cree en sí mismo.

¡No! Que el poeta con su fuerza innata  
Que para combatir le diera el cielo,

Si esperanza no tiene ni consuelo,  
Se muere de dolor y no se mata.

Ah! Si grande no fuiste, fueras bueno.  
¡Tu pobre madre que te dió la vida  
Mas que la suya, mucho mas querida,  
Vas con fiereza á desgarrar su seno!

¡Cuántas penas por tí, cuanto desvelo,  
Que no comprendes tú, ni has sospechado,  
Que tú no conociste, que has pagado  
Con un dolor sin nombre ni consuelo!

Mi vida es mia, has dicho. Nó, te engañas:  
Es un robo sacrilego que has hecho  
A la que el alimento de su pecho  
Y la sangre te dió de sus entrañas.

¿La entregaste al olvido? Fué culpable.  
Pero no; de tu crimen en la historia  
Dicen que la tuviste en la memoria.  
¿Y has buscado la muerte?... ¡Miserable!

Madre, voy á morir. — ¿Y esto lo dijo  
Tu corazon? O estaba depravado,  
O no comprendes, no, desventurado,  
Lo que siente una madre al decir: ¡hijo!

¿Juzgas que han de llamarte *suicida*?  
Tienes horrible mas exacto nombre.  
Dejando madre, y madre buena, un hombre  
Que su vida termina, es *parricida*.

Y nó te hablo de Dios. Sé que desprecio  
Te inspirara no mas su nombre santo.  
¡Creer en Dios el que ha *pensado* tanto!  
¡Creer en Dios un jóven que no es necio!

¿En Dios quién cree ya, quién? Las mujeres,  
Porque llenas de errores é ignorancia,  
Y condenadas á una eterna infancia,  
Son limitados é imperfectos seres.

Sí, mujeres; creed. El sacro fuego  
Sustentad en los nobles corazones;  
Pero pensad tambien, porque lecciones  
Le deis al hombre en su delirio ciego.

Sí, creed y pensad. No será en vano.  
La razon y la fé con lazo eterno  
Unid vosotras en el niño tierno,  
Y el cielo le mostrad con vuestra mano.

Sí, mujeres, pensad, para que un día  
Al sexo que presume de su ciencia  
Razoneis vuestra fé y vuestra creencia,  
Arrancándole así á la duda impía.

Sí, pensad y creed. Que no sucumba  
De la paciencia la virtud sublime,  
Ni el hombre que una vez padece y gime,  
Blasfemando de Dios busque la tumba.

Sí, pensad y creed. La pura llama  
Arda otra vez por vuestro santo celo,  
Y al mundo le enseñad cuánto consuelo  
Puede venir de la que piensa y ama.

Y tú, madre infeliz, no la accion mia  
Tu corazon acuse atribulado,



Si el sepulcro dó yace el desdichado  
Vengo acaso á turbar con voz impía.

Cuando un terrible cargo le dirijo,  
Cuando á su triste fin no encuentro escusa.  
Mi inflexible razon severa acusa  
A una generacion y no á tu hijo.

¡Tu hijo! El que te causa dolor tanto  
Reciba mi dolor tambien sincero,  
Si desdichado fué, fuera el primero  
Que me pidiese en vano triste llanto.

Condenemos su accion, no su desgracia,  
Que disculpada por ninguno sea,  
Por ninguno; ¿y quien sabe si esta idea  
Arranque al criminal su triste audacia?

Que en el combate de pasiones recio  
Y en la lucha terrible con la suerte,  
Si hay muchos que arrostrar saben la muerte,  
Pocos, muy pocos, el comun desprecio.

CONCEPCION A. DE GARCIA CARRASCO.

## COSTUMBRES ARABE-ESPAÑOLAS.

(Q. D. G.)

QUE DIOS GUARDE.

La frase ó fórmula—*que Dios guarde*—que solemos pronunciar inmediatamente despues de haber nombrado al rey ó reina, y que en los escritos espresamos con las tres iniciales de estas palabras puestas entre paréntesis (Q. D. G.), es una de las costumbres árabes que se conservan todavía entre los españoles, y que dejaron en la península aquellos invasores en los siglos que la ocuparon.

Es muy propio de la ardiente imaginacion oriental y de un pueblo altamente religioso é hiperbólico en su manera de espresarse, acompañar con deseos, súplicas y votos las mas de sus locuciones llenas de deferencia, de respeto y veneracion por las personas ó seres que le son caros, ó de los que teme ó espera.

Y no es la fórmula dicha la única que conservamos de los árabes; otras varias usamos de igual origen, tanto en el trato familiar, como en nuestras relaciones públicas.

De este género es el—*Dios guarde á V. muchos años*,—fórmula reglamentaria con que terminamos todas nuestras comunicaciones oficiales, y hasta á veces las particulares; voto que hacemos, deseo que formamos á favor de la autoridad particular á quien nos dirigimos, y que solemos abreviar de este modo: *Dios que. á V. ms. as.*

El mismo origen reconocen otras fórmulas religiosas que rara vez olvidamos en nuestras conversaciones familiares, particularmente los hombres

observantes de las costumbres tradicionales. Cuando hablamos, ó en un escrito hacemos mencion de una persona que dejó de existir, cuya memoria nos es grata por relaciones de parentesco ó de amistad, ó por la especial posicion social que ocupó, nunca dejamos de añadir, despues de nombrada la súplica, voto ó deprecacion: *Que Dios le haya perdonado:—Que esté en gloria:—Que de santa paz haya*—y otras fórmulas parecidas, y que espresamos en los epitafios y esquelas mortuorias con las iniciales de aquellas palabras.

Restos son tambien del sistema árabe religioso las frases:—*Si Dios quiere:—Dios mediante:—Ayudando Dios*—y otras semejantes protestas de alto respeto y suma resignacion á la voluntad del Altísimo, que á imitacion de los musulmanes hacemos cuando vamos á realizar una cosa, ó cuando prometemos ó aseguramos llevarla á cabo. Así decimos por ejemplo:—*Mañana si Dios quiere iré al campo:—Dios mediante, volveremos luego á vernos:—Ayudando Dios, compraré aquella casa*, etc., etc.

Es verdad que algunas de estas protestas y votos eran tambien comunes á otros pueblos, como es: *Deo juvante*: el *Sit tibi terra levis*, etc., entre los latinos, pero los árabes eran y son los mas estrictamente adictos á estas costumbres religiosas.

El *Surá* ó *Surate* (capítulo XVIII del Alcoran) dice terminantemente: *No digas jamás haré tal cosa, sin añadir si Dios quiere*, práctica que no olvida jamás ningun creyente, ni aun en las mas triviales conversaciones.

En una nota puesta por el célebre orientalista francés Savary á su traduccion del *Coran*, precedida de un compendio de la vida de Mahoma, dice, que habiendo pedido algunos cristianos al Profeta la historia de los *Siete durmientes*, contestóles: *mañana os la contaré*, y como hubiese olvidado añadir *si Dios quiere*, fué reprendido Mahoma: y entonces cuenta que Alá le reveló esta máxima que continuó en su libro ó lectura por excelencia llamado el *Coran* ó Alcoran: *No digas jamás, haré tal cosa, sin añadir si Dios quiere*.

El mismo Savary continúa que están tan empapados los musulmanes ortodoxos en este principio, que jamás contestan redonda y terminantemente á las preguntas que se les dirigen, y que cuando se les interroga sobre cualquier cosa, por ejemplo.—*Harás esto? Vendrás á verme? Despacharás este negocio?* etc.,—despues de la contestacion natural de *sí* ó *no*, añaden siempre:—*EN SCHAA ALA*,—esto es, *si Dios lo quiere; si tal es su voluntad*.

V. JOAQUIN BASTUS.



## CORRESPONDENCIA.

Sr. Suscriptor anónimo.—*Cádiz*.—Cuando las quejas son dirigidas en términos tan atentos y convenientes como los de su apreciable del 5, tenemos una satisfacción en responder á quien nos las dirija, aun cuando vengan bajo el velo del anónimo. Las piezas de música no se han dado porque han sido muchas las peticiones que se nos han dirigido para que en su lugar diésemos mas figurines y patrones, á lo cual hemos accedido. A pesar de esto, como ahora son varios los que las reclaman, estamos dispuestos como siempre á complacer: en el presente año quedarán indemnizados.

Exema. Sra. M. V. de S. J.—*Madrid*.—y D. R. M. de V.—*Baeza*.—Se recibieron los sellos.

Sr. Don J. S. de la P.—*Burgos*.—Se le sigue mandando á esa hasta fin de Enero conforme tiene prevenido y por si ha sufrido extravío el número de 26 del pasado se le duplicó por el correo del 10.

Sr. Don J. U.—*Madrid*.—Por dicho correo se le enviaron los números que reclamó en su carta del 1º: nada tiene que abonar: queda reformada la dirección.

Sra. Doña F. A. de C.—*Madrid*.—El pliego que pedía en su apreciable del 6, se le remitió por el correo del 10.

Sr. Don J. H.—*D. Benito*.—Los libros de regalo y los números que pedía fueron por el dicho correo.

Sr. suscriptor de Zaragoza.—No tenemos las obras del autor que V. indica.

Sr. Don E. S.—*Veger*.—Queda anotada su suscripción por un año desde 1º de Marzo próximo por tener abonado hasta fin de Febrero.

Sra. Doña C. R.—*Utrera*.—Queda anotada su suscripción por todo el año, y se le remitieron los libros del regalo. En el prospecto que también habrá recibido no está anotada la Historia de D. Pedro, por lo cual no se lo hemos podido mandar. Suplicamos á V. elija otra obra de su valor.

Sra. Doña M. G. de A.—*Murcia*.—Por el correo del 12 remitimos á V. el regalo, excepto el tomo de poesías que se ha agotado; teniendo presente que el valor del regalo son 50 rs.

Sra. Doña P. M. de G.—*Albuñol*.—Id. id.

Sra. Doña C. F.—*Toledo*.—Se recibió el aviso del corresponsal.

Sra. Doña C. R.—*Ciudad Real*.—Los geroglíficos se insertan todos los números en la última plana: por el correo del 14 le remitimos el figurin que deseaba y en cuanto á lo demás, tenga V. por suya la contestación que hoy damos al suscriptor de Cádiz.

Sra. Doña P. J. de A.—*Madrid*.—Por el citado correo duplicamos á V. y á la Sra. Doña L. S. de F. el cuaderno de Enero que reclaman; respecto á lo demás que dice en su apreciable carta, le contestamos como á la anterior y al suscriptor de Cádiz.

Sr. D. P. M.—*Murcia*.—En el patron próximo quedará V. complacido, lo cual estaría hecho á haberlo sabido. Por el correo del 14 le remitimos á V. el regalo por el cual nos es en deber 5 rs. al tenor de lo que marca el prospecto del año actual, teniendo el gusto de haberle enviado por dicho correo el dibujo que nos pide y que le cedemos sin necesidad del cambio.

Sra. Doña E. M.—*Sanlúcar*.—Por el mismo correo del 14 le duplicamos el cuaderno que nos reclama.

Sr. D. M. del P.—*Vitoria*.—Queda suscrito por el

presente año; siendo el valor del regalo 50 rs. como marca el último prospecto, hemos dejado de incluirle en el regalo dos títulos insignificantes; este se le ha remitido por el correo del 15.

Suscritos y servidos á la Sra. Doña T. L. Jaen, y J. de U. Bilbao, y los Sres. D. P. G. Zaragoza, y J. M. Barcarrota.

Queda suscrita hasta fin de Abril, Doña M. R.—*Sevilla*.

Quedan suscritas por el presente año las Sras. D<sup>a</sup> F. de E. y H.—*Ayamonte*.—F. F. y L. S.—*Barcelona*.—D. S. P. de Q.—*Burgos*.—A. J. T. M.—*Cabra*.—C. F. de C.—*Ecija*.—M. F. V. de T.—y M. V.—*Sevilla*.—V. M. de V.—*Arcos*.—Sres. D. M. M. M.—*Baeza*.—C. C. R.—*Ciudad Real*.—J. M. R.—*Cabezon de la Sal*.—P. M.—*Murcia*.—I. C.—*Oporto*.—M. C.—*Ronda*.—J. G.—*Valladolid*.—J. M.—*Santander*.—T. H.—*Sevilla*.

Idem por seis meses hasta fin de Junio, las Sras. Doña L. T. y M.—*Aledzar de S. Juan*.—J. F. C.—*Masqueras*.

Idem por tres meses hasta fin de Marzo, las Sras. Doña T. S.—*Alcoy*.—R. T.—y M. de L.—*Coruña*.—E. C. de A.—*Mendigorría*.—M. T. P. del M.—*Mentrida*.—M. Q.—*Madrid*.—E. V. M. de M.—*Murguía*.—C. M.—F. G.—y S. M.—*Sevilla*.—J. G.—y L. M. de P.—*Tolosa*.—P. D.—*Valladolid*.—T. E.—*Ferrol*.—Sres. D. M. de Ch.—*Barcelona*.—J. T.—*Burgos*.—J. A. M.—*Castellon de la Plana*.—J. B.—*Ferrol*.—S. de los R.—*Granada*.—F. R. de A.—*Jaen*.—Z. B. G.—*Toledo*.—A. L.—*Zaragoza*.—F. L.—*Sevilla*.

## Solucion del geroglífico anterior.

La rosa despide un olor suave y balsámico.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1859.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitución, núm. 11.

